

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 21 de Abril de 1898

Núm. 387



Las tres gracias

Stebbing



No voto, me abstengo

A MARIANA SANTURCE

¡Loado sea Dios, Mariana! Ya respira usted, y creo que ha de venirse á la querencia.

¿Pues qué? ¿Había yo de conformarme con que el diputadillo quisquilloso me diese en el brazo, después de provocar una aventurilla absurda?

Bien está que no le haya aceptado Sagasta para maniquí de movimiento, de los que agitan la cabeza vertical ú horizontalmente; sin duda porque, figurándose el del morrión que no habiendo resistido á este primer descabro (ni más ni menos que en virtud de no haberse sabido tentar la ropa), tampoco serviría para parar golpes en las grandes crisis del parlamentarismo, cuando se malogra la elocuencia de los jefes de grupo y al Presidente no le bastan campanillas.

Bien está que usted, Mariana, dando pruebas de buen gusto y de habilidad en los ardides diplomáticos, le haya devuelto los pasaportes. En eso raya usted á mayor altura que nuestros políticos, gente ociosa y vocinglera que no sabe espantar al moscardón que nos viene alborotando.

Pero no hallo en todas las desventuras de mi rival motivos de alborozo. Nó; es necesario que mi venganza sea más fuerte, y no ruín, conste. Cuando se me pone delante cualquier estúpido, prevaliéndose de fueros y costumbres que han establecido la hipocresía y el orgullo de los humanos, no perdono. ¿Y él no pecó inflado por el demonio de la vanidad, que es el peor de todos los cornudos en este aquelarre terrestre? Pues por donde más pecó, deseo que se le castigue.

Y ahora sólo falta que usted *se convierta* á mí.

O lo que es lo mismo: que consienta en

que yo la enamore; que acepte mis galanteos y que acabe por... por... ¡qué diablo! por amarme.

Sí, Mariana; usted y yo podemos ser muy felices; usted es muy guapa... y muy despierta, y yo, que no tengo nada de lindo, poseo, en cambio, un carácter original.

La unión que proponía Saint Beuve á Mme. Stael, excitó la

risa de la dama; esta propuesta mía no es absurda: aquel varón ilustre (de quien yo disto bastante, física y moralmente) no se contentaba con ser amado, quería promover un *éxito fecundo*; deseaba engendrar... un semidiós. ¡Yo no creo en la *divinidad* de la raza, ni aún por el método de las aproximaciones!

En fin, usted ha reñido con el novio... y por ahí se empieza; luego me llama su enemigo, y eso es ir á toda máquina.

Bueno es que se rompan las hostilidades.

*
**

Y digo que es bueno, porque yo no quiero cerrar el puño, sino abrir los brazos.

Ya sabe usted lo que reza el refrán: «Si uno no quiere, no se pegan dos».

Que es lo que ocurre, frecuentemente, en eso de la guerra, que usted se ha dignado someter á mi consulta. ¿Son *ellos*, somos nosotros quienes hurtamos el cuerpo?

Allá los diplomáticos con la respuesta; yo sólo digo que á los yankees les puede ocurrir lo que le pasó al enano de la venta. ¿No conoce usted el cuento? Un mezquino y pobre sér tenía amedrentado al pueblo con las voces que daba encaramándose sobre un castillo de sillas y maderas: — «¡Si bajo ahí bajo!» — repetía con voz ronca. Hasta que uno de los que pasaban por la calle se

le ocurrió evitarle la molestia de pisar los escalones y quiso subir. Entonces se encontró con la más desmedrada criatura que vino al mundo salida de vientre de mujer.

Es verdad, Mariana, que los yankees no están, tratándose de tallas, en tales aperturas; físicamente, no; pero nosotros, aunque algo más pequeños, maldito si tenemos que envidiarles. No todas las cuestiones se resuelven en fuerza de puños, y da, aun cuando así fuera, gusto ver el coraje de nuestra gente. No hace muchos días presencié cierto conato de manifestación, que bien podría llamarse infantil. Un arrapiezo, que era *hombre grande*, aunque por la edad debiera estar jugando al trompo, arrebató de un salto la bandera á la policía. Ya ve usted como es cierto que vamos adelante. Los chiquillos fuman, juegan al billar, escriben novelas del arroyo, pintan (sin saber palabra de dibujo) caprichos modernistas y no temen el golpe de los sablazos iracundos.

¡ Con decirle á usted que yo que soy joven, muy joven, téngome ya por viejo !

* * *

Claro es, Mariana, que no me parecen mal tales signos y manifestaciones. Al fin y á la postre tengo mi ideal, y con mi ideal, fe inmensa, profunda en lo porvenir.

Pero yo que he dicho ya que amo á mi patria, con amor sin límites, que soy patriota, aunque de modo distinto á como abriga ó entiende ese sentimiento la mayoría, yo condeno en estos instantes peligrosos las algaradas grotescas ó ridículas; aplaudo, aisladamente, el rasgo del colegial; ¡vaya si lo aplaudo! No porque el rapazuelo tenga que defender nuestro honor comprometido ó nuestro territorio amenazado, sinó por-

que... porque es un síntoma de resurrección unido á otros muchos.

Las manifestaciones... patrióticas en estos instantes deberían ser cosa más seria é imponente. O no ser nada. En este concepto aplaudo que el Gobierno las reprima... por prudencia.

Y no digo lo que digo á la buena de Dios; ¡ay, amiga mía, lo peor del caso es que no saben muchos de los que gritan, por qué vociferan! Paréceme, y me falta espacio para explicar mis opiniones, que no saldrán disparados los obuses ni reventarán las granadas; pero no soy infalible, y en todo lo que precede no hay más que el reflejo de lo observado hasta aquí.

Dirá usted que no he contestado categóricamente á su pregunta; ya he escrito que no voto, me abstengo; pero si tuviera usted dudas... añadiré que la explosión patriótica no ha estallado aún, y sobrevendrá pujante, irresistible en el momento oportuno.

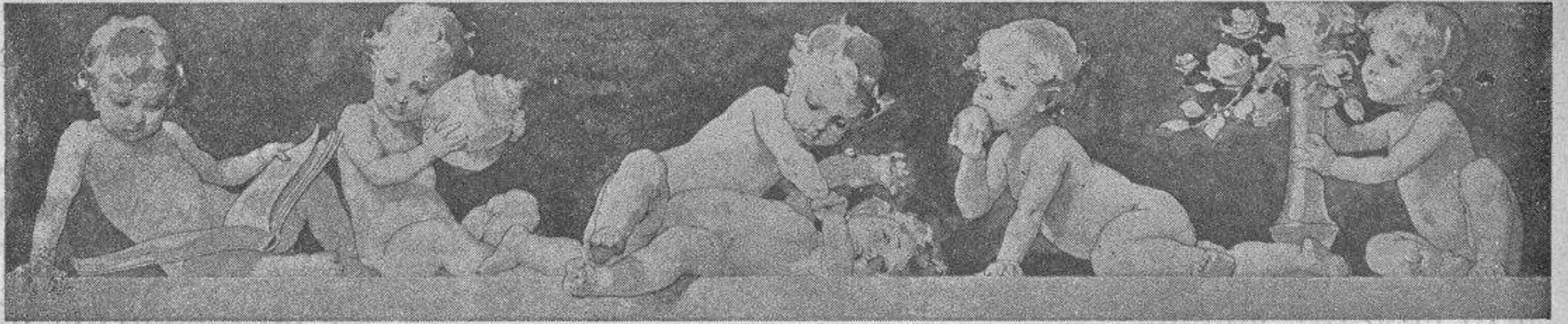
Si eso ocurre, cuando deba suceder como digo, la ola de fuego, de ira, de indignación santa, nos arrastrará á todos, chicos y grandes, levantándonos con soberano empuje á las alturas inconcebibles de nuestras mayores grandezas; pero es inútil que los impacientes y los geniecillos ridículos de la política la hinchen; es mucha ola para ellos; sí, es mucha ola para los hombres; yo lo veo claro, Mariana: el soplo ha de venir... de donde

vienen todos esos soplos sublimes, de la caverna de los cíclopes. de arriba, de lo desconocido... no sé... de Dios.

Yo desde luego no hallo inconveniente en que me envíe usted su retrato, sin temor de que la guerra impida darle múltiples testimonios de cariño á su devoto

CLAK.





Un cuento para los borrachos

Cuentan que cuentan... Jesús andaba por el mundo peregrinando, henchido el corazón de amor al prójimo y el labio hecho unas mieles; tan dulces eran las palabras que dirigía á las muchedumbres. Una tarde de septiembre recorría con Pedro las hermosas llanuras de Galilea; ardía el sol como ascuas; ni un soplo de aire oreaba en los olivos; la mirada se perdía en el límite azul casi blanco del horizonte; no se divisaba en todos aquellos contornos choza alguna donde cobijarse.

Y érase el caso que Jesús no podía ya con su alma; el cansancio le rendía, el calor le sofocaba, y esto de suerte, que Pedro había de notarlo. Y como el tal apóstol, por aquel entonces no tenía nada de talentudo y milagrero, aunque sí de bonachón y servicial todo lo que hoy tiene de santo, el deseo le convertía en arroyos hasta las piedras del camino. El, por su parte, también andaba con un humor á perros; los mosquitos le bailaban en la cabeza, la cual tenía ya tan calva como ahora, y es de advertir que ni siquiera le cubría el cerquillo con que hoy nos le presentan en los retablos. Ya sabéis cómo se divierten los tales animalejos. No parecía sino que Pedro llevaba panal de miel en la calvicie; todo el enjambre iba á dar en ella. Y es lo malo que el buen apóstol no podía ensañarse sino á hurtadillas: más que á caza de mosquitos iba á caza de ocasiones, aprovechando las pocas en que el Maestro solía distraerse, para flagelarse sin piedad la cabeza, sirviéndose de los dedos en guisa de disciplinas: todo con la aviesa intención de estrujar entre la calva y la mano á los pérfidos chupadores, que á él se le antojaban vampiros: ¡bonito le habría puesto Jesús si llega á descubrir lo de los golpes! «Nada de soberbias, Pedro: la cólera es un hilo de que tira constantemente el diablo».

Pero es lo que él decía: «¡que estos condenados conviertan en arroyo mi cabeza y nosotros no tengamos ni sangre con que humedecemos la boca!» ¡Sangre has dicho! Pues cátrate á Pedro á vueltas con un hermoso pensamiento. El se sabía á ojos cerrados aquellos lugares; allí abajo, en una hondonada, había unos viñedos que ni de perlas. ¡Pues menudas *turcas* cortejó él en sus buenos tiempos con el jugo que manaban sus hermosos granos!

Que si quieres, que si no quieres, llegaron allá. Era una gloria mirar aquella campiña esmaltada de pámpanos; el sol relucía en las exuberantes uvas de la vid, abriantando el color rojizo de tal manera, que la vista, deslumbrada por el titileo de los rayos diurnos en la abrasada atmósfera, veía oro reluciente en los racimos. A Pedro se le encandilaron los ojos, se le hizo la boca agua, y se olvidó de los mosquitos. ¡Cuando se atrevió á dar unas palmaditas festivamente en el hombro de Jesús! — «Señor, — le dijo — aquí puedes apagar la sed». — El Maestro sonrió afablemente y quiso probar á su discípulo. Burla burlando, pues él no andaba siempre serio, sino que gustaba de expansiones en el seno de la intimidad, y en más de una ocasión le divertía la candidez del antiguo pescador; burla burlando, digo yo, hizose el tonto y se empeñó en afirmar que, como el miedo ve fantasmas, á Pedro se le antojaban murmurios de arroyos el canto de los grillos.

— No agua, sino ambrosía te daré yo á gustar, como permitas que entre á saco en la hermosa viña, — exclamó el inocente apóstol.

— Si esto hicieras — contestó el Maestro — diré que estás poseído de la gracia de Dios.

Y Jesús sonrió picarescamente. Pedro arrancó un racimo y no á humo de pajas, como suele decirse. El buen sentido práctico, que nunca le abandonaba, le hizo escoger lo más sabroso de la viña; no sin que en pruebas y merodeos llevase él la mejor parte.

La sentencia del Maestro excitó su amor propio, y quiso dar una muestra gallarda de su pericia. Por algo se susurraba en Galilea que Pedro el pescador era aficionadillo al mosto, aunque hay que aducir en favor del santo que entre el vulgo de aquellas edades, como hoy mismo acontece, estaba en bogá el vicio capital de la murmuración. Yo no



Alegoría

diré si blanco ó si negro : bien pudieran ser hablillas de gente voluntariosa. Lo que sí aseguro es que á Jesús le plació el presente de su discípulo, y como le preguntara, mitad risueño mitad curioso, qué nombre era el de la planta que tan exquisito y sabroso fruto producía, Pedro quedó de pronto reflexivo. El diablo andaba en extremo atareado por aquellos tiempos de santos y benditos; á él se le había puesto entre ceja y ceja que había de atormentar á Jesús, corrido como estaba por el fracaso de sus célebres tentaciones, y se desvivía por maliciar el genio del apóstol predilecto. Ello es que Pedro se sintió acometido de una idea endiablada: — ¿ Para qué querrá saber el Señor qué fruto es este? Si dijera la verdad, él que á todas horas predica templanza, viendo en las uvas la mala semilla que se injerta en los borrachos, no dejará de maldecir tan hermosos viñedos como están refocilando el alma. Y el vinillo es bueno, pero bueno... parece hecho para regalo de dioses...

Jesús leía el pensamiento del bienaventurado; de sobras sabía él distinguir de uvas y peras; lo que quiso fué probar á Pedro; que no iba á concederle el cargo porteril en su palacio de los cielos á tontas y á locas. Repitióle, pues, la pregunta, haciendo como que no había profundizado las causas de silencio tan pecaminoso.

A Pedro un color se le iba y otro se le venía; pero á la postre, resolviendo el caso definitivamente en su imaginación, repuso balbuciendo:

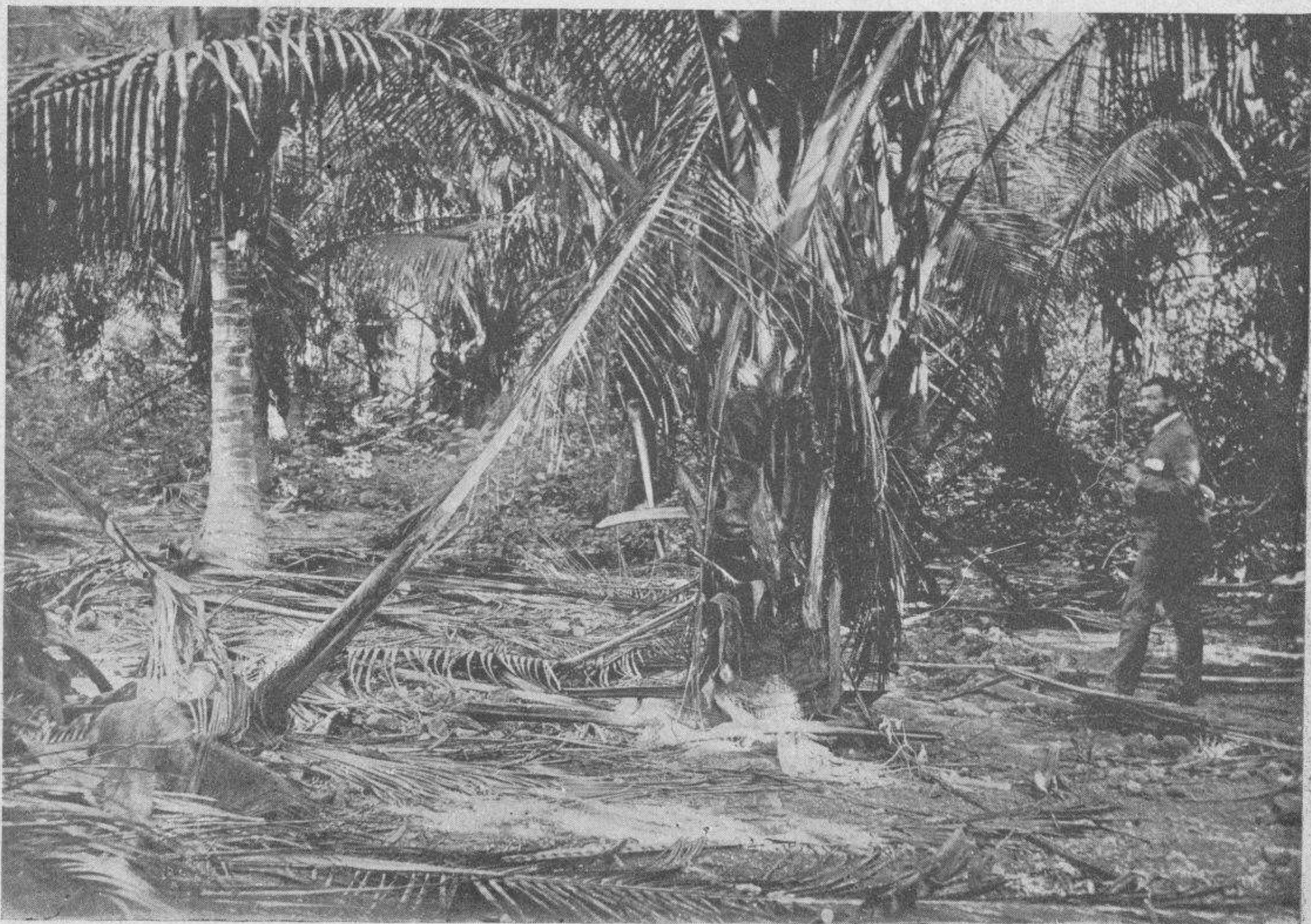
— Señor, la planta que tanto te admira es una higuera.

Jesús estuvo tentado de reirse en las barbas del candoroso discípulo; pero pasando por alto la turbación y el aprieto en que á aquél tenía el caso, exclamó:

— ¡ Oh planta, yo te bendigo en nombre de mi padre: en lo sucesivo darás dos frutos al año!

Pedro quedó entontecido; las palabras del Maestro, que siempre sonaban en su oído á música, pusieronle el espanto que daba oír el fragor del trueno en aquellos tiempos supersticiosos. Y se cuenta que cada vez que pasaba por las llanuras de Galilea, mesábase la punta de la nariz, á falta de pelos en la lustrosa calva, contemplando aquellos viñedos de exuberante fruto que una pueril mentira había privado de la gracia de Dios.

J. F. LUJÁN



ISLA DE CUBA — En el bosque



La Saeta

Componiéndose para el baile

Para el otro mundo

VI

Obdulia: No recuerdo si te dije en mi última que me veía precisado á dejar á tu hermanita sola, porque los asuntos de la herencia, (que corren ahora en manos de los pícaros leguleyos) reclaman mi presencia en Barcelona durante ocho ó diez meses y me tienes ya en este infierno hermosísimo, lleno de calderas. Yo había compuesto con pedacitos de lo que leí, un Barcelona tan parecido á éste que no podía serlo más. Juro que al pasar por algunas calles no las encontré nuevas: ya las había visto en mi imaginación. ¡Cuántas chimeneas me había figurado ver! No tiene tantas. Sin embargo, creo que si pusieran esta gran ciudad patas... ó chimeneas abajo, se mantendría perfectamente sobre ellas como una mesa en sus pies.

A la ciega le voy comprando muchas futesas para que adorne su gabinete, pues ahora gusta de tenerlo alhajado como un altarcito para recrear la vista... de su tonto.

¿Dices que son extremos de cariño? ¡Ah, tontina! si supieras (¡no me pegues!) que la quiero con fe y me arrobo en su contemplación, y creo que si no fuera por ella me tendrías por esos mundos queriéndote como calculo que se quiere en ellos.

Me dirás que soy falso porque todo el amor que te consagraba se lo ofrezco con creces á tu hermanita. Cuando tú vivías eras la catarata que me privaba ver á tu hermana tal como es, y hoy, que la retina la recoge fielmente, hállola tan esbelta que diera por su cariño... todo el que te tuve, que tanto como tú lo merece. Y de añadidura, por si ella no era suficiente para tener mi estimación, hágote saber que de nuestro amor nace en mi ciegueta el testigo, fe de existencia, el angelito que ha de bendecir y endulzar nuestra vida que será — enlazados — santificada en el oratorio de casa ante el padre Domingo, tan luego, terminado el litigio, llegue al querido villorrio, donde reposa tu cuerpo y me espera ansiosa mi ciega, con mi corazón apasionado para que no se lo robe ninguna Diva. — *Tu tonto.*

Su amanuense,

GERARDO DE ANA



Epigrama

Un fabricante de peines decía con triste afán á su esposa: — no hay remedio; la industria se pone mal pues las astas escasean, y esto me da que pensar. — Ten paciencia, maridito, no te des á Barrabás, que confío en que esta crisis pase luego, y ya verás si te sales con la tuya: ¡cuernos no te han de faltar!

F. COSTELL FERRER

El Pontón

Antes de la guerra había en aquel sitio un magnífico puente colgante, con dos elevadas pilas de piedra blanca y enrejados de hierro, que se dibujaban en el horizonte del Sena, con aquella apariencia aérea que tanta belleza imprime á los globos y á los barcos. Por debajo de los arcos de la parte central pasaba dos veces al día el vaporcito, sin tener siquiera que calar el tubo de su chimenea; en las orillas, y resguardadas por un cobertizo, se veían las palas y bancos de las lavanderas y algunos barquichuelos pescadores amarrados á las argollas de la orilla. Un camino flanqueado por álamos, abierto entre los prados, conducía al puente y parecía una verde cortina agitada por la frescura de las aguas. Aquello era hermoso.

En lo presente todo ha cambiado. El puente ya no existe. Las dos pilas volaron por los aires, y allí yacen los grandes sillares que la formaban. La blanca casita del barquero está destruída, con el aspecto de ruina reciente; parece una barricada ó los escombros de algún derribo. Los cables formados por hilos de hierro se sumergen tristemente en el agua; el entramado de la construcción, encallado en la arena del río, forma en el centro como un gran residuo de naufragio, coronado por su bandera roja para advertencia de los navegantes; y todas las hierbas cortadas y cuantos desperdicios arrastra la corriente del Sena, se detienen en aquel paraje, formando una especie de barra llena de escollos y remolinos. Para recargar la tristeza en aquel horizonte, la avenida que conducía al puente ha perdido su espesor, pues aquellos álamos, tan copudos antes, están ahora devorados por los insectos (que también los árboles sufren invasiones), extienden sus ramas sin retoños, raquíticas y empobrecidas, y en aquel camino inútil y desierto revolotean pesadamente las grandes mariposas blancas...

Esperando que el puente sea reconstruído, se ha instalado allí cerca un pontón, esto es, una de esas inmensas barcazas sobre las que se transportan de una á otra orilla los carros con los caballos uncidos, los arados y las vacas, que abren desmesuradamente sus tranquilos ojos á la vista y al murmullo del agua.

Los animales y vehículos ocupan el centro del pontón, y á ambos lados se colocan los pasajeros; campesinos, niños que van á la escuela de la aldea ó *parisienses* que pasan el día en el campo. Velas y cintajos ondean junto á los arreos de los caballos. Diríase que es aquello una balsa de naufragos. La barcaza avanza con lentitud. El Sena, bastante ancho en aquel paraje, lo parece más ahora, y á través de las ruinas del puente, entre las dos orillas casi extrañas la una á la otra, el horizonte se extiende con una especie de solemne tristeza.

* * *

Aquella mañana llegué bastante temprano para cruzar el río. Aún no había nadie en el embarcadero. La casita del barquero (un vagón viejo encallado en la arena húmeda), estaba cerrada y brillante por el rocío que la cubría; los niños tosían dentro.



Báquica

PRIMAVERA

VERANO

OTOÑO

INVIERNO



Las estaciones (estilo modernista)

— ¡Eh, Eugenio!

— ¡Allá voy, allá voy! — contestó el barquero, que llegaba cojeando.

Es un guapo muchacho, todavía joven, pero ha servido como artillero en la última guerra y ha vuelto del servicio lleno de reumatismos, con un metrallazo en la pierna y medio derrengado. El buen hombre sonrió al verme.

— Paréceme que no seremos muchos esta mañana, señor.

En efecto; yo estaba solo en la barca, pero antes de soltar el cable llegaron otras personas. Primeramente una gruesa aldeana de ojos claros, que iba al mercado de Corbeil con dos grandes cestas pasadas por los brazos, las que sirviéndole de contrapesos, mantenían recta su rústica figura; detrás de ella, por el sendero pedregoso, venían otros viajeros, cuyas siluetas se dibujaban vagamente por entre la niebla, pero cuyas voces se oían distintamente. Sobresalía una voz de mujer, de timbre dulce y tono lastimero.

— ¡Oh, señor Chachignot! Os suplico que no nos hagáis sufrir... Ya sabéis que él trabaja ahora... Concededle un plazo para pagar... es todo el favor que solicita de usted.

— Bastante plazo os he concedido ya, y no estoy dispuesto á prolongarlo — respondía una voz de viejo campesino, cascada y cruel; — el tribunal decidirá, pues á esta fecha ya conoce del asunto... ¡Eh! ¡Eugenio!

— Es el pícaro Chachignot — me dijo el barquero en voz baja... — ¡Allá voy; allá voy!

En aquel momento llegaba al embarcadero un viejo de alta estatura, arrebujaado en un gabán de paño basto y con sombrero alto de seda. Aquel campesino de color bronceado, lleno de arrugas, y cuyas nudosas manos estaban deformes por el manejo de la azada, parecía aún más negro y tostado con su traje de señor. Su frente de testarudo, su gran nariz encorvada, su boca recogida y ciertos pliegues llenos de malicia, daban á su fisonomía un aspecto feroz en consonancia con su apellido: Chachignot.

— ¡Ea, Eugenio, date prisa! — dijo al saltar á la barca con voz que temblaba de cólera.

La aldeana se acercó á él mientras nos separábamos de la orilla, y le preguntó:

— ¿Con quién la tenéis hoy, señor Chachignot?

— ¡Hola!, eres tú, Blanca... No me hables... ¡Estoy furioso contra esos canallas de Mazillier!

Y con el puño cerrado señalaba una sombra tenue que subía sollozando por el sendero.

— Pues ¿qué os han hecho esas personas?

— ¿Qué me han hecho? Me deben cuatro anualidades de arriendo, y mi cosecha de vino que tampoco me han pagado... Por eso me voy derecho al juzgado, y que plante en medio de la calle á esos pícaros.

— Sin embargo, Mazillier es un hombre honrado. Creo que no será por culpa suya el que no le pague... ¡Hay tantos que lo han perdido todo durante la guerra!

El viejo campesino tuvo como una explosión de cólera:

— ¡Es un animal!... Podía haber hecho buenos negocios con los prusianos y no lo ha querido. El mismo día que llegaron cerró su tienda y quitó la muestra de encima la puerta. Los otros taberneros han realizado pingües ganancias, mientras él no ha vendido un real. Y aun ha hecho más, pues sus



ELLA. — Me parece que los yankees son de poca resistencia.
ELIOS (picarescamente). — Según... según.

imprudencias lo han llevado á la cárcel. ¡ Es un animal ! ¿ Qué le importaban á él todas esas historias ? ¿ Era acaso militar ? No tenía más que vender vino y aguardiente á los parroquianos, y si lo hubiera hecho, ahora podría pagarme. ¡ Canalla ! ¡ ya te enseñaré yo á hacer el patriota !

Y rojo de indignación, se revolvía dentro de su inmenso gabán con los gestos propios del palurdo.

A medida que hablaba, los ojos claros de la aldeana, poco antes tan llenos de compasión para los Mazilier, se tornaban secos, casi despreciativos. También ella era campesina, y tales gentes no estiman á los que rechazan el dinero pudiendo ganarlo.

Se hacía esta reflexión : « Es una gran desgracia para la mujer » ; y un momento después añadía : « Sí, es verdad... no se debe volver nunca la espalda á la fortuna... » con-



Vestal ante el fuego sagrado



Coqueteando en la platea

cluyendo por decirle al viejo: « Tiene usted razón, compadre, cuando se debe hay que pagar ».

Chachignot repetía con los dientes apretados: « Es un animal... Es un animal ». El barquero que le escuchaba, á la vez que manejaba la percha, creyó oportuno intervenir:

— Vamos, señor Chachignot, no sea usted cruel... ¿ De qué le servirá llevar el asunto al juzgado? No por ello será más rico, y en cambio perjudicará usted á esas buenas gentes; déles un nuevo plazo, puesto que bien puede esperar.

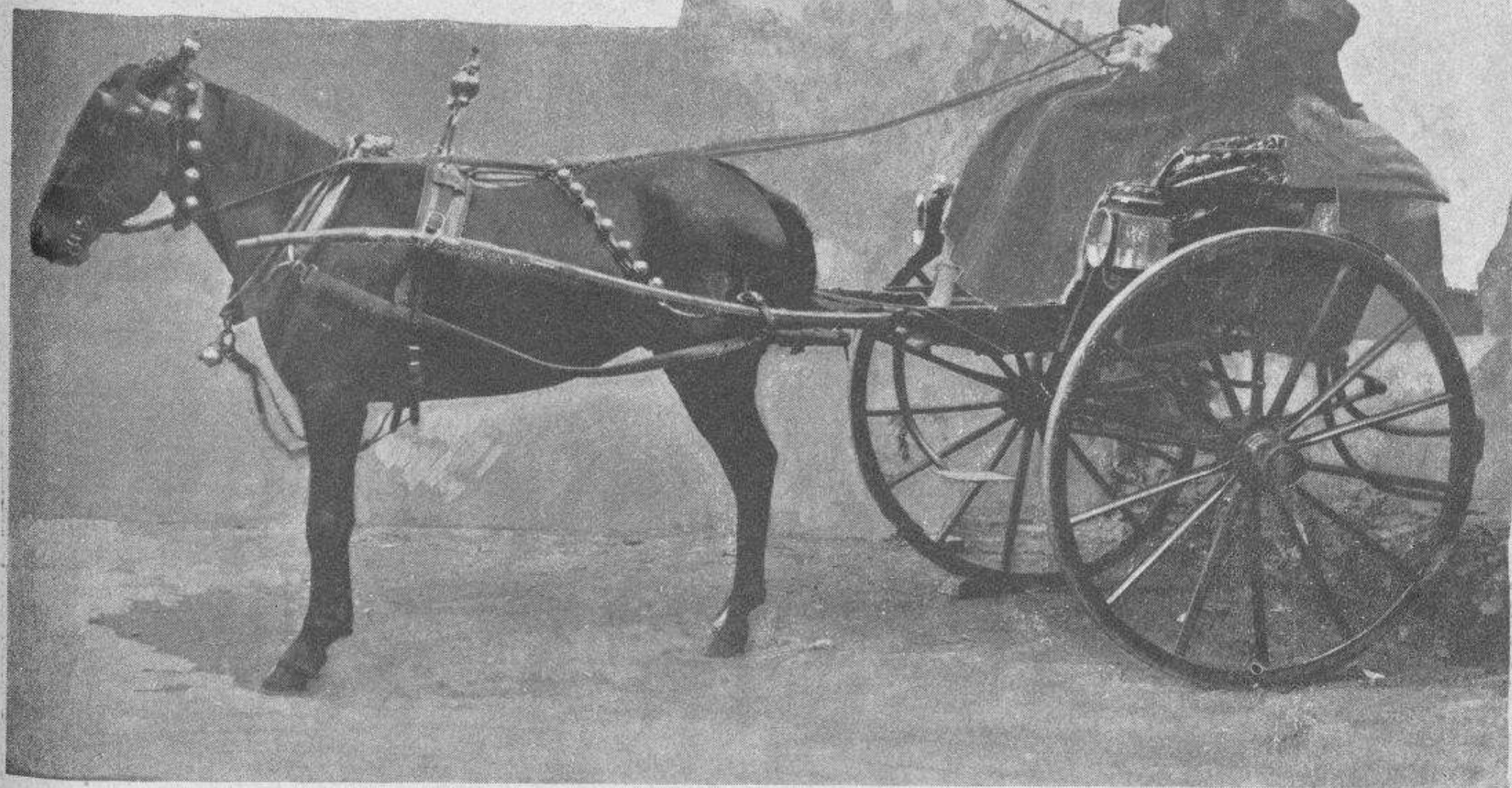
El viejo se revolvió como si le hubieran mordido:

— ¿ También tú los defiendes? Olvidaba que eres patriota como él y por eso te luce tan buen pelo. Con cinco hijos, sin un real, y te entretienes en disparar cañonazos sin que nadie te lo mande... Y ahora pregunto yo, señor (y creo que el miserable se dirigía á mí): ¿ para qué nos ha servido todo ese patriotismo? Ahí le tienen todo derregado y despedido del empleílo que disfrutaba. Y en la actualidad vive como un bohemio, en una barraca abierta á todos los vientos, con sus cinco hijos que están casi siempre enfermos y con su mujer que se dobla por la cintura á fuerza de lavar. ¿ No es verdad que es muy animal? »

El barquero sintió un relámpago de cólera, y en medio de la palidez de su rostro, destacóse su cicatriz blanca y profunda; pero tuvo valor para dominarse, transmitiendo toda la energía á la percha que sumergió en el fondo arenoso hasta doblarla. Una palabra más podía hacerle perder también su destino, puesto que el señor Chachignot tenía mucha influencia en el país.

¡ Como que formaba parte del Ayuntamiento!

A. DAUDET.



— Desengáñate, los hombres son como los caballos; cuando una quiere los sujeta.

Diálogos del siglo XX

III

En los corredores del Liceo durante el baile de máscaras. Mucha gente, mucho bullicio y mucha cursilería.

Luisito M... y Carlitos B. (15 años el uno, 16 el otro) vestidos con la irreprochable elegancia que corresponde á su ultragomosis, contemplan, sentados, con displi-

cente actitud y desdeñosa mirada, el incesante movimiento de la multitud.

* * *

CARLOS. — Dime: ¿ te divierte á tí ese barullo? »

LUIS. — ¡ Qué ha de divertirme, hom-



— Sí, señora, sí; en este mismo sitio estaba su marido de usted de rodillas ante mi esposa.
¿De rodillas solamente? Convergamos, barón, en que conmigo no sería usted tan... estúpido

bre!... Lo que no me explico es la santa paciencia que tenemos para permanecer aquí...

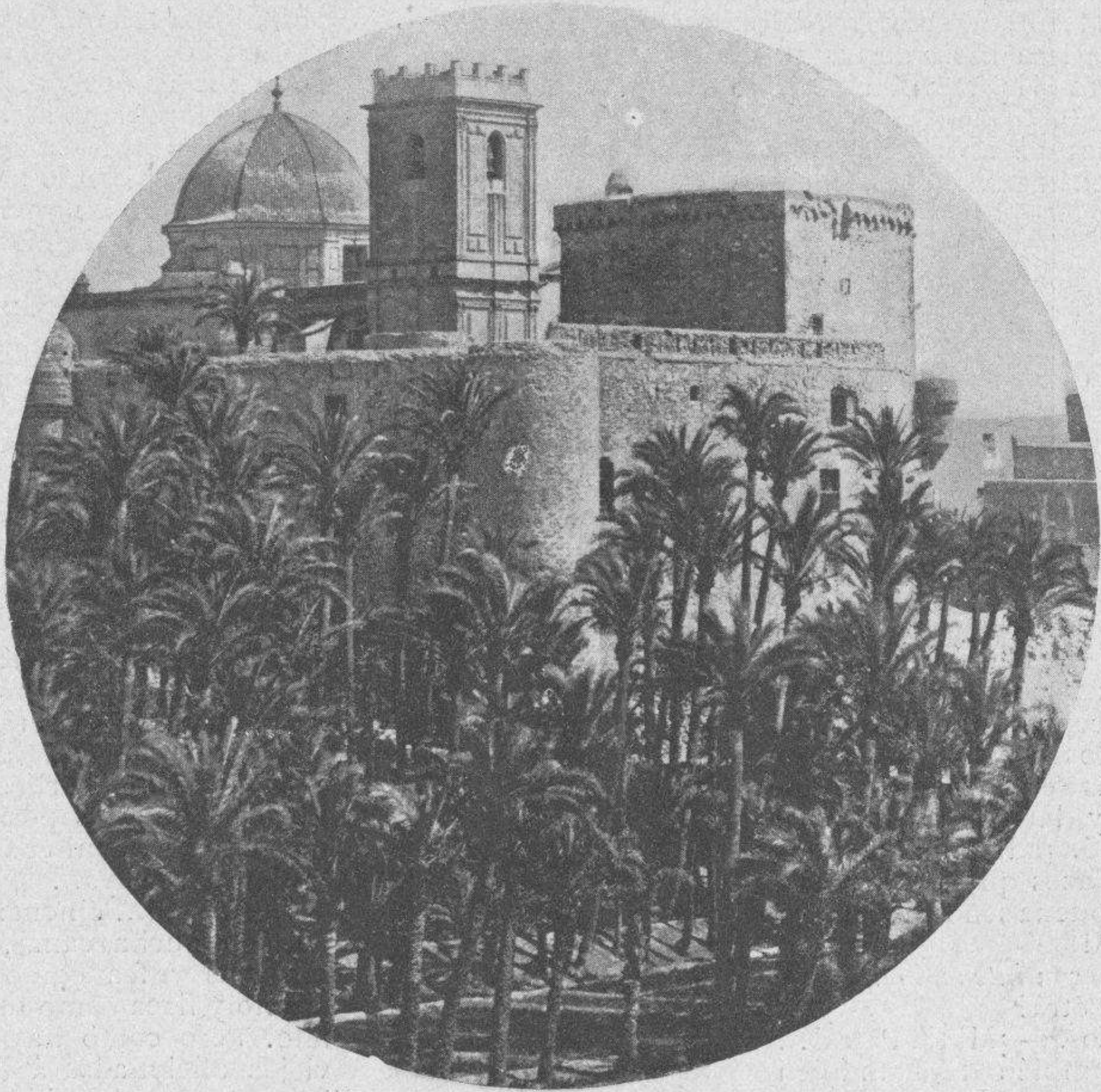
CARLOS. — Verás... en alguna parte ha de estar uno; y al fin y al cabo lo mismo da meterse aquí que en otro sitio cualquiera.

LUIS. — En eso tienes razón, pues la verdad es que ya no sabe uno en donde pasar agradablemente la noche. Yo creo que

si las buenas costumbres, que si lo crítico de mi edad, que si lo comprometido de mi salud y la inexperiencia de mi juventud... En fin, chico, una lata hasta allí...

CARLOS. — ¿Y tú que dijistes?

LUIS. — ¡Hombre, que había de decirle?... Mi primera intención fué enviarle sencillamente á paseo y contestarle que los tíos predicadores han pasado ya de moda; pero me contuve y guardé silencio.



Las palmeras de Elche (Alicante)

concluiré por acostarme á las once de la noche.

CARLOS. — Con lo cual no dejarías de proporcionar una satisfacción inmensa á tu señora mamá, que no acierta á explicarse donde puedes ir para no volver á casa hasta las tres de la madrugada.

LUIS. — A propósito: ¿sabes que mi ilustre tío el general se permitió ayer el lujo de enderezarme un sermón por todo lo alto, con muchos argumentos y apóstrofes, acerca de lo que él llama mi género desordenado de vida?... Más de media hora me estuvo jorobando con la letanía usada en tan solemnes circunstancias: que si la moral, que

CARLOS. — ¡Vaya!... confiesa que tuviste miedo de que te atizara un puntapié si le soltabas alguna insolencia.

LUIS (*indignado*). — ¡Un puntapié!... ¿á mí?... Se habría guardado muy bien de hacerlo... Nó: de lo que yo tuve miedo fué de exasperar á un tío rico y soltero, que ha tenido ya un ataque apoplético, que va á espichar el día menos pensado, dejándome un buen capital. A tíos de esa categoría, que te pueden desheredar en un momento de mal humor, no hay que contradecirles ni irritarles, compadre.

CARLOS. — Tienes razón: lo mismo hago yo con mi tía Candelaria, que también me



Capricho

jeringa á cada dos por tres con sus discursos atiborrados de preceptos morales y de preceptos higiénicos. Y no hay más remedio que escucharla y darle la razón, porque sinó, ¡adiós los frecuentes sablazos que la tiro sin que la buena señora se atreva á parar!

LUIS (con intención). — ¿Y tu tía Petra?

CARLOS. — ¿Mi tía Petra?... pues también de cuando en cuando suelta la mosca.

LUIS. — Y sin necesidad de aguantar discursitos edificantes ¿verdad? (con retintín.)

CARLOS (poniéndose encendido). — ¿Qué quieres decir con eso?

LUIS. — Yo no quiero decir nada: me da más de lo que se dice por ahí... anda... dime... ¿qué hay de cierto en ello?

CARLOS (muy turbado). — ¿Y qué es ello? alguna majadería tuya...

LUIS. — ¿Mía?... nó. Si acaso de otros: yo no hago más que insinuar lo que algunos van asegurando como cosa cierta. ¡Ea! no te hagas el desentendido, Carlitos.

CARLOS. — Pero si no sé de qué me hablas...

LUIS. — ¿Con que no sabes?... Pues mira, se dice que tu tía Petra y tú... en fin, que

vuestra recíproca ternura no es la que generalmente se estilaba entre tía y sobrino.

CARLOS (rojo como una cereza). — ¡Qué barbaridad!... Figúrate tú si es posible que un hombre de mi edad y una mujer de la suya...

LUIS. — Sí... cincuenta y pico, con muchas canas, aunque pintadas y fea como un demonio y flaca como un esqueleto. Pero como hay señoras viejas aficionadas á la carne joven... y un hombre á nuestra edad necesita siempre dinero, no vería nada de particular en que...

CARLOS. — Pues bien, sí es verdad: pero ¿sabes? hay compensaciones.

LUIS. — Ya supongo: algún billetito de cinco duros cada domingo.

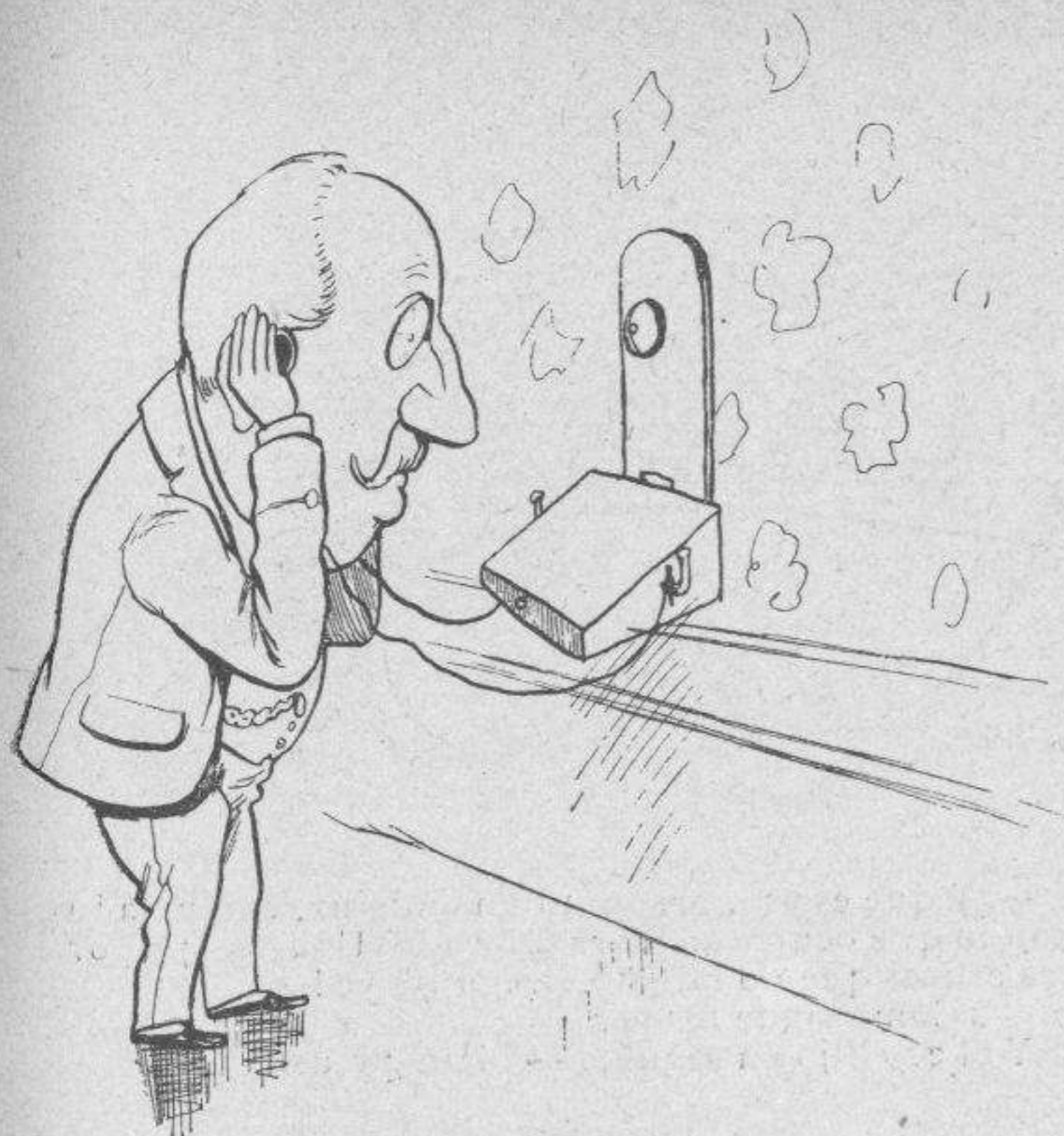
CARLOS. — Y algo más... de otra naturaleza.

LUIS. — A ver... cuenta.

CARLOS (con truhanesca sonrisa). — ¿Conoces á Isidora, la doncella de mi tía, una chica deliciosa, morena, con unos ojos así de grandes?... Pues también, hijo, también.

LUIS (con admiración). — ¡Qué pillo eres!

JUAN BUSCON.



— Ahora le mando el cobrador para las quinientas pesetas ¿eh? No se olvide V., Robles, de eso.



— No tengo más remedio que pedírselas al Telesforo... Ese las tiene.



— ¿De donde sacaré yo cien pesos? pué que Emma... porque tengo que quedar bien con Robles.



— Si le doy las quinientas al Telesforo, adiós viaje á Biarritz... se las pediré á Luis.



— Mira que pedirme Emma el billete en las circunstancias actuales... ¡á ver papá...!



— Te aseguro, papá, que es compromiso de honor... una deuda... sólo cien pesos...



IMPORTANTÍSIMO

Los señores Corresponsales que deseen aumentar el pedido para el

Número extraordinario,

deben hacerlo con alguna anticipación, á fin de que podamos servirles con seguridad. Como venimos diciendo en advertencias anteriores, el número irá tirado en color, no obstante lo cual la Empresa no señala aumento alguno en la venta. Á los Corresponsales costará lo mismo, expendiéndose al público á igual precio que los números ordinarios.

Esos periódicos tienen toda la gracia y toda la sal de María Santísima.

Abro uno y leo que la situación es grave.

Se me antoja hojear otro, y me encuentro con optimismos encantadores.

¿Pero por qué no se pondrán de acuerdo los corresponsales, santo Dios?

¿Son verdes ó maduras?

Y no se trata de diarios distintos que juzguen la cuestión... palpitante, lo de la guerra, según sus opiniones, sinó de una misma hoja *volandera*, que en la misma sección y tratándose de telegramas *figurados* á intervalos *grotescos*, dan cuenta de sensaciones tan contrarias que parece que la noticia no la redactó una misma mano.

Por ejemplo: dice un diario que la cosa de los *yankees* va de mal en peor: que ya no creen en la paz sinó el Papa y el Nuncio.

Y algunas líneas más abajo: que los Estados Unidos vacilan, dada la actitud de las Potencias; que éstas se hallan decididas á impedir una felonía (¿ cómo en Creta, nó?) y que lo más probable es que todo vaya á pedir de boca.

Luego lee el suscriptor, asombrado, que la guerra se nos da á plazo fijo: para últimos de mes.

¡Ay, la prensa y el noticierismo!

Realmente no hay ahí sinó que los que *inventan* telegramas no saben en qué aguas navegan. Muy alborotadas para *ciertos* corresponsales en esta ocasión... por mucho juego que dé la censura.

Y para distraernos de estas cosas, que serían muy distraídas si no fuesen tan serias:

Dijo cierto gallego que en Asturias había una montaña que repetía maravillosamente el eco de la voz.

— Eso no es nada, respondió un polaco; en mi tierra existe una cueva donde la palabra se repite siete veces.

— ¿Y qué es eso, preguntó un andaluz, comparado con lo que ocurre en Sierra Nevada? Una vez, ¡ y por las cruces que no miento, pregunté yo!

— ¿Cómo sigue usted?

Y el eco dijo en seguida — bien, ¿ y usted?

La noche del domingo último se estrenó en el teatro Principal de Gracia un precioso ensayo dramático de nuestro amigo D. Francisco Collado.

El haber colaborado en este periódico nos obliga á ser parcos en los elogios.

De justicia es que confesemos que obtuvo un aplauso sentidísimo y sincero, obligándole á romper con su modestia excesiva, para presentarse á complimentar á los que aclamaban.

El monólogo es bellissimo.

No quiero dejarme en el tintero que el Sr. Labastida obtuvo aplausos en la obra que representó para su beneficio.

Entre los regalos figuran un juego de pañuelos, un estuche con escribanía de plata y la correspondiente inscripción; papelera, boquilla y otros recuerdos valiosos.

El espacio de que dispongo me impide ser más extenso.

En una reunión se discute acaloradamente sobre el destino del alma.

Cierto caballero, que había permanecido callado durante la discusión, exclama:

— Creo que están ustedes equivocados; la transigración de las almas es un hecho.

Murmullos en todos lados. Uno de los contertulios:

— Parece mentira que usted, tan sabio, crea en esas paparruchas.

— Pues ahí tiene usted; no sólo creo, sino que tengo pruebas irrefutables para mi aserto.

— ¿Pruebas? ¿Y cuáles son?

— La de que yo he sido ganso.

Carcajadas guasonas.

Un caballero con acento burlón:

— ¿Con qué ha sido usted ganso?

¡Y tan callado como lo tenía! ¿Hace mucho tiempo de eso?

— No, hace poco; cuando le presté á usted aquellos veinte duros.

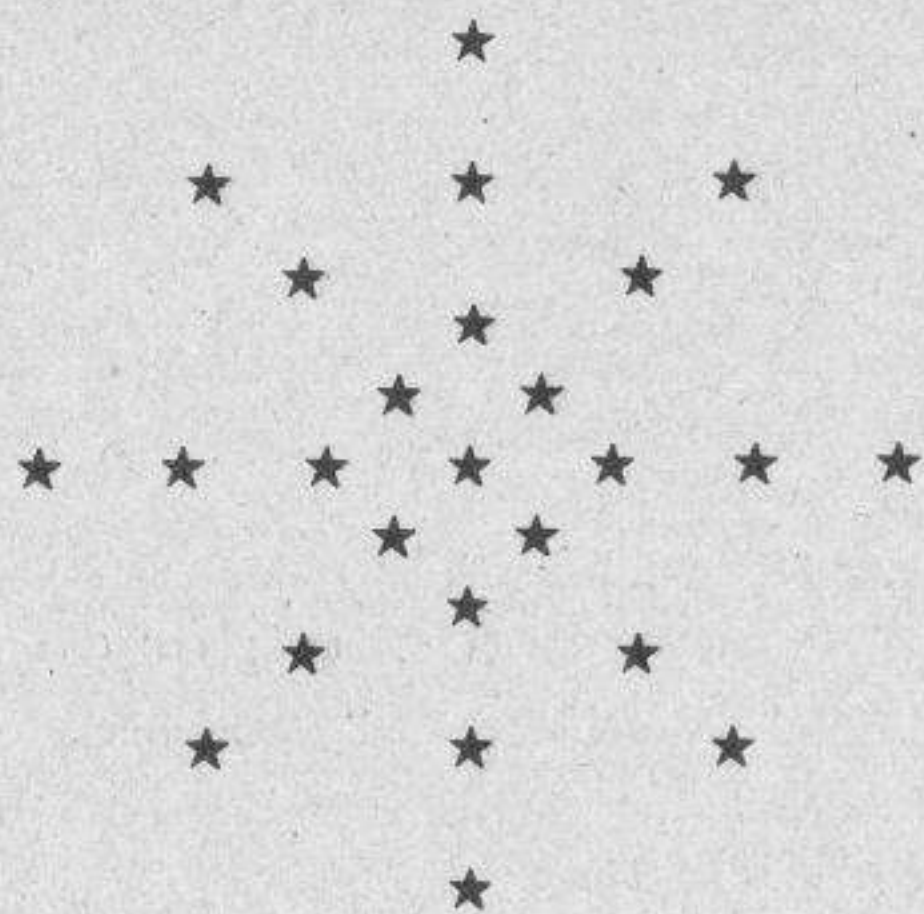
En la feria de Sevilla un gitano vendió un caballo malo á buen precio.

Antes de terminarse la feria se presentó furioso el comprador.

— Usted me ha engañado miserablemente — gritaba. — Me aseguró que no tenía ningún defecto este caballo, y ahora resulta que le falta un ojo.

— ¡ Hombre! — contestó el charlatán — eso no es defecto, es una desgracia.

Estrella geográfica



Substituir las estrellas por letras, de forma que se lean los nombres de cuatro poblaciones.

FRANCISCO DEL AMO.

Logogrifo numérico

- 1 2 3 4 5 6 7 8 — Provincia
- 7 4 8 3 5 6 1 — Nación
- 8 1 5 5 6 7 — Población
- 5 4 2 6 7 — Nación
- 5 6 3 7 — Nombre de mujer
- 5 6 1 — En Bilbao
- 3 4 — Pronombre
- 8 — Consonante

UN CADETE.

Jeroglífico comprimido



J. P. CILLO.

Soluciones á los pasatiempos del número anterior:

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO: Trasteo.

CHARADA: Conejo.

Correspondencia

Tin. T. Rito. — Madrid. — Algunas incorrecciones, aunque no están mal del todo; pero tales agudezas no sólo pasaron... de moda, sino que no las admito.

A. V. — Sevilla. — ¿Sabe usted que después de haber leído sus versos «Sevilla y sus sevillanas», me quedo lo mismo que si hubiese hablado de «¿Turquía y las turcas?» Por ese camino no entrará usted en la Academia de la Historia.

R. A. — Tarragona. — «Una flor es la mujer, pero así como de flores, hay mujeres bellas, feas, y de diversos colores.

¡Adiós, colorista!

Q. B. — Barcelona. — Efectivamente; el cuento es inverosímil; los epigramas... inocentes.

F. F. — Toledo. — Si no se ha contestado, es que no se ha recibido esa carta. Retraso algo la correspondencia, porque son muchos... y mal avenidos los que escriben, y el analizar tantas cuartillas, como yo tengo la conciencia muy escrupulosa, es trabajo impropio.

Lo que me envía últimamente... no me sirve. ¡Si usted estudiara, y se corrigiera... y no hiciese chistes, así, tan pícaros!

E. S. — Barcelona. — Después de haber dicho en composición que llama usted soneto, lo que no siente, añade:

Siento yo tu temeridad
que mi lado habías fingido
y vuelto se haya en falsedad.

Conformes con que en eso del ritmo, de la cadencia, del metro y otras farándulas de la retórica no está usted á una altura envidiable; pero ¿dónde diablos ha recibido lecciones de gramática?

L. M. S. — Madrid. — Bueno.

U. S. N. — Córdoba. — Corrijala usted.

C. M. M. — Barcelona. — Muy larga, y muy triste, muy triste ¡ay!

Nicolás. — Sevilla. — Muchas gracias por los elogios.

P. T. D. — Cartagena. — Agradezco las frases lisonjeras que me dedica. Hacemos cuanto está en nuestra mano, y aun ha de ver usted más grandes habilidades de... ingenio.

Salmanasar. — Madrid. — ¿Pero no ve usted que esas cosas no se le deben contar al público?

Jerjes. — Irún. — Aplíquese usted el cuento. ¡Vaya, hombre! Semejantes confesiones sólo se hacen en el tribunal de la Penitencia... donde las palabras más rudas no ofenden y el que las oye está envuelto en una semiobscuridad discreta.

G. F. L. — Barcelona. — ¡Siempre he dicho que era usted un muchacho de provecho! Pero á guasón, hay quien le gana. Este cura, y perdone el modo de señalar. ¿Por qué le ha copiado usted los cantares á su hermano precisamente?

L. V. — Sevilla. — La idea no está mal; lo que no está bien es lo otro; el modo de desenvolverla. Mucho estudio, amigo, mucho estudio.

J. Casi V. O. — Játiva. — También usted ha sido afortunado en el pensamiento; sólo que parece que lo copió... torpemente, por supuesto.

¡Y... Dios mío, es necesario interrumpir la dolorosa operación!

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS



Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

AUTORES CÉLEBRES

El dueño de los kioscos **EL SOL** (Rambla del Centro, frente al Liceo y Rambla de las Flores, frente á la Puerta Ferrisa) ha realizado una combinación con el editor de la biblioteca de **AUTORES CÉLEBRES** que le permite regalar á sus favorecedores á cambio de 30 CUPONES por cada volumen, que vale **Una peseta**, las obras que forman dicha Biblioteca y son hasta el día las siguientes:

OBRAS PUBLICADAS

De Ponson du Terrail	La Viuda de Sologne	1 tomo
De » »	Odio de Raza	1 tomo
De Paul Feval	La Daga misteriosa	1 tomo
De » »	Los Fanfarrones del Rey	2 tomos
De E. Poé	Un crimen misterioso	1 tomo
De Alfonso Karr	Una historia terrible	2 tomos
De Erekman Chatrian	La Posada de los tres ahorcados	1 tomo
De Octavio Feuillet	Novela de un Joven pobre	1 tomo
De Dickens	Las luchas de la vida	1 tomo

Se publicará al menos un tomo mensual. — Precio en venta en ambos kioscos, 20 cénts. tomo

EN PRENSA

De Paul Feval	La morada misteriosa	1 tomo
De Ponson du Terrail	Remordimiento	1 tomo

NOTAS. — Á todo el que desee adquirir dichas obras, remitiendo el importe en libranzas del giro mutuo ó valores de fácil cobro al representante Joaquín Vila, kiosco **EL SOL**, Barcelona, las recibirá á vuelta de correo franco de portes.

No respondemos de los extravíos no remitiendo 25 céntimos para el certificado. A los corresponsales se les harán descuentos condicionales al fijar el pedido.

En los mismos kioscos se vende la **Guía de Calles, Plazas y Paseos de Barcelona con la agregación con indicación de las entradas y salidas y distritos á que pertenecen**

PRECIO: 15 CÉNTIMOS

CUPON PRIMA

Regalo á los compradores — de **LA SAETA** —

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, original de D. Ceferino Palencia

CARRERA DE OBSTACULOS

una de las que más han contribuído á cimentar la fama de su autor. Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa, de D. Marcial Morano

EL MAYOR CASTIGO

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal. Asimismo se entregarán por el citado precio de **media peseta** cada una, **SOR TERESA** ó **EL CLAUSTRO Y EL MUNDO** y **LA VIDA ES SUEÑO**



20 cénts.

Núm. 388

